

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto... 0.10

Publicación Quincenal

Editada por la Agrupación del mismo nombre

Administrador: Risto Stolanovich

La guerra

La guerra puede definirse en una sola palabra: la violencia.

Un lobo hambriento encuentra un corderillo en el bosque; se echa sobre él, le mata y se lo come. Esta es la guerra; porque para que haya guerra no es necesario que la fuerza de los combatientes sea igual. Es una gran condición para la guerra el ser mucho más fuerte que el adversario.

Otro lobo encuentra al matador del cordero. Quiere coger la presa, gruñe y enseña los dientes. Se entabla la lucha entre los dos lobos; también esta es la guerra. Porque no es preciso que los dos combatientes sean de distinta especie o familia para que haya guerra. Los hermanos se baten entre sí sin piedad.

Llega el hombre a su vez; quiere castigar al lobo que le comió el corderillo. Con su bastón, su machete o su carabina entabla la lucha; también esta es la guerra.

Es posible que el derecho esté de parte del hombre y no de parte del lobo. Pero no es porque el hombre tenga razón por lo que matará al lobo, sino porque tiene más fuerza. Aunque no tuviese razón, triunfaría, porque es el más poderoso.

Esta es la esencia de la guerra: asegurar el triunfo del más fuerte, no del más justo.

CARLOS RICHTER.

Algo bueno

Según nos informa un camarada de Avellaneda, hay en Buenos Aires una imprenta que nos puede hacer ideas de ocho páginas y tres mil ejemplares, por 150 pesos; o cuatro mil por 160; o cinco mil por 170; y así sucesivamente, cada mil ejemplares más, diez pesos más.

Esto nos ha parecido maravilloso y andamos ya en tratativas por asegurarnos bien de si puede ser verdad tanta belleza.

Como nosotros no somos capaces de llenarnos ocho páginas, porque no hemos nacido lenómetros para esto, ni sabríamos largar carillas y más carillas escritas, con la continuidad de un buey cuando mea, casi estuvimos a punto de renunciar a las instancias del camarada informante. Pero pensando de pronto que las cuatro páginas centrales podríamos muy bien llenarlas con un folleto o con literatura escogida o con tantas cosas más que el buen sentido de los compañeros nos iría indicando, acordados nomás entrar en tratos, para meterle sin pestañear, como nos gusta a nosotros.

Pero hay una cosa: y ella es que necesitaríamos para el objeto 47 pesos más, quincenalmente, sobre los 103 que acostumbramos gastar. Y esos 47 ¿de dónde sacarlos, cuando tan a duras penas logramos reunir los 103 de costumbre?

Tal obstáculo no es muy grande, ciertamente: bastaría para salvarlo, nada más que nuestros paqueteros y suscriptores nos pagaran con mayor puntualidad y que todos esos otros a quienes les hemos escrito reclamándoles el pago de 10, de 20 y hasta de 30 pesos que nos adeudan, tuvieran la amabilidad de no hacerse los sordos, hasta obligarnos a suspenderles todo envío, como lo hemos hecho muchas veces presumiendo que la sordera no obedecía sino al propósito de sabotearnos.

¡No es verdad que lo que dejamos dicho, es algo tan bueno que se merece un envióncito?

¡Vamos a ver, esos grandes amigos que tenemos por ahí, si nos dan un empujón, pues!

Nuestra minerva

El día que tengamos nuestra minerva, será un día de fiesta entre nosotros. Entonces compraremos una pila de papel más alta que el pedestal de un patricio argentino y con una mano sobre los tipos picoteando aquí y allí como gallinita hambrienta y en la otra mano el compendador, iremos parando letras, con el pensamiento puesto en los surcos.

Inmediatamente después, otros compañeros le meterán al pedal, y aquí

El bienestar de unos pocos

Una opinión generalmente admitida es aquella que dice que para el relativo bien actual de una parte de la humanidad, son necesarios todos los males que la esclavizan, la degeneran y la entorpecen en su marcha. Es decir, que si el trabajo impuesto es una degeneración, que si las guerras son matanzas y destrucciones bárbaras, que si la ignorancia y la esclavitud del pueblo es una pesadilla más que se agrega a su cruz de desesperación y de miseria, no importa: *todo esto es la única posible base para la felicidad de unos pocos.*

Esta opinión, que es la sustentada por los economistas de las escuelas burguesas, es la base en que se afirma todo su edificio de miseria y de explotación.

Pero cualquier hombre dotado de un mediano sentido común, palpa y siente que es esto o un error o una situación ignominiosa que no puede prolongarse. Que si después de tantos sufrimientos y miserias de la inmensa mayoría, sólo se consigue la felicidad de algunos «favorecidos», es indispensable cambiar este estado de cosas, es necesario saber por qué todos los frutos de la inteligencia humana, todos los esfuerzos destinados a dar una mayor expansión a la vida, un aumento de las seguridades, no hayan producido hasta ahora nada más que este menguado fruto. Ante todo, debemos hacernos esta pregunta: ¿Es voluntaria la situación miserable del proletario? Indudablemente que no. La vida miserable y bárbara del trabajador no es un sendero que él aceptó; es el resultado de la férrea división de clases que hoy existe, es la condición fatal del medio de jerarquías y privilegios que sufrimos.

Si es una tendencia humana huir del dolor, es innegable que este camino de miserias le sea impuesto entre la sumisión o el hambre.

Y sin embargo, él es el que todo lo produce, él es el que lo hace todo, él es el que da la base justa de todo el progreso que se desarrolló hasta ahora.

Por arriba de esto hay una ley que impone su dogma sin miramientos: «Se nace esclavo y se vive miserable, como se nace libre y se vive en la opulencia».

No es la felicidad patrimonio del trabajo, ni éste un índice de su conquista más o menos lejana. El trabajo es una obligación y la fábrica una prisión. Y no es precisamente la felicidad la que se alberga por esos lados.

Por arriba de todo esto está el derecho de propiedad. Este ni involucra el trabajo ni presupone necesariamente un trabajo, su prolongación. Es un derecho, es una fuerza, una imposición, una violencia que apropia una determinada cantidad de cosas. Conseguida en uno cualquiera de los múltiples aspectos que hoy reviste, en todos significa lo mismo.

Y como la vida de un hombre exige disponer de una cierta cantidad de productos para su desarrollo normal, y si al nacer ya encuentra que ciertos productos están totalmente acaparados por varios individuos, forzosamente se convierte el hombre en una persona dependiente del propietario.

Toda la vida del obrero es eso: una cadena de dependencias, una escalera en que cada peldaño le significa una atadura, una sumisión, una venta. Es exactamente en el fondo, su situación, igual a la del ilota o el esclavo del feudalismo: depende de los amos como aquél dependía de la tierra de los amos, tal una cosa adherida a ella misma.

Y ésto mejor que cualquier demostración teórica, nos lo dice el estado de la sociedad actual: es un dependiente el campesino que no dispone del campo que trabaja, el obrero que se entierra 8 o 10 horas diarias en un taller malsano, el que tiene que encerrarse largas horas en oficinas, en administraciones, la obrera que pierde la salud en las sederías, el minero enterrado en las profundidades del globo, pendiente su vida de cualquier accidente fortuito, el marinerito, el ferroviario, el cargador, el lacayo, el peón...

Y todos explotados, todos encastrados profundamente en la desesperación de sus vidas esclavizadas, de sus ensueños rotos, de su felicidad desaparecida, de miles de deseos derrumbados.

¿Son malos, son egoístas, son enemigos del trabajo, son violentos? ¡Oh, no! Nada de esto son; algunos, cumplen todas las normas y reglamentaciones que se les imponen como si prisioneros inermes fueran.

De este modo la vida, para una mayoría grande adquiere este carácter tan amargo de la esclavitud, de la miseria y del dolor.

La solución es sencilla: el bienestar no puede ser para unos pocos, sino para todos. Para todos, porque todos contribuyen con su esfuerzo a crearlo.

Apoderaos, pues, proletarios, de todos los medios de producción, es decir, eliminad los amos, los directores, los reglamentos, los horarios.

Entonces aumentará considerablemente la producción, el trabajo se tornará agradable, y el espíritu de iniciativa individual podrá ejercitarse en las mil corrientes que hoy se secan o se desvían por la esclavitud completa, que es la vida.

¡A luchar, entonces, por el advenimiento de estas cosas!

Pico, Enero 1924.

XERXES.

La paz

Y la guerra entre los buitres, cóndores, águilas y halcones obscurecía el cielo, enrojecía la tierra y poblaba los aires de tróvidos.

Al ver eso las cigüeñas, exponiéndose a que las confundieran con los combatientes, llegaron hasta ellos hablandoles de la urgente necesidad de poner fin a las guerras y de la inutilidad de verter sangre.

Convencidos los buitres, cóndores, águilas y halcones, por las claras razones de las cigüeñas, pactaron la paz.

Pasó un corto tiempo. Y aquellas aves, de acuerdo con sus instintos, como que les era imposible dominarlos, y muy cruento guerra entre poderosos, se lanzaron un día sobre las cigüeñas, haciendo entre ellas una matanza espantosa.

¿Veis?—¡ijéronles las palomas a algunas de las sobrevivientes,—es para que sepáis que mientras hayan picos encorvados y patas ganchudas, contra alguien han de ser siempre usados.

BERNARDO GRAIVER.

paro para descansar y aquí che le seguís metiendo vos, irán los papetitos saliendo impresos, como los panes del horno: olorosos y crugientes. Y la América entera se poblará de carteles y folletitos que no valdrán nada o casi nada, porque no somos comerciantes, porque nuestro trabajo será gratuito, porque nuestros intereses no son sino los de la propaganda, porque tendremos una minerva que la energía de nuestra voluntad hará marchar.

Pero ésto es un sueño. Y si se lo participamos a los compañeros, es para que tiemblen de anhelos fecundadores, como hemos temblado nosotros durante el sueño, tal cual tiemblan los hombres en el instante de alzar la mano para coger el suspirado fruto de la carne de amor, dulce y fragante bajo las mil caricias del deseo.

“La peste religiosa”

Folleto de propaganda antirreligiosa, de J. Most, editado por «La Pampa Libre». Será puesto brevemente en circulación. Destinado a repartirse gratuitamente. Su costo es de \$ 200 el ciento, franqueo inclusivo. Por pedidos a Isidro D. Martínez, Belgrano 998. General Pico. F. C. O.

A mis hermanas

Para tí, mujer esclava, escribo estos renglones llenos de sinceridad. ¡Ojalá que con ellos pudiera despertar tu inteligencia!

Yo quisiera arrancarte de ese sueño profundo, de ese abismo tan cruel de tu ignorancia. Quisiera arrancarte todos los prejuicios que te maniatan, que te esclavizan, que te humillan, haciéndote perder tu dignidad de mujer.

Ya ha llegado para tí también la hora de liberación. Es el momento en que debes escuchar la voz jadeante y fuerte de tus hermanos, de esos hermanos que luchan por sacarte del negro pozo del dolor, de la degradación, de todas las miserias en que te hallas sumergida.

Jamás te conformes con creer que lo que tu sufres es por causa de tu «mala entrela». No, no; eso es mentira. Lo que sufrimos es por carecer de fuerza, o mejor dicho, por no saber contrarrestar los golpes que sobre nosotras caen sin piedad. Y esto es así, porque estamos aun llenas de prejuicios, porque vivimos sumidas en la más grande ignorancia. Por eso aceptamos los sufrimientos con resignación.

Cuando la mujer no bese la mano que la hiere, cuando sepa distinguir lo malo de lo bueno, la verdad de la mentira, no tendrá ya tanto que sufrir.

Para aprender algo es preciso concurrir a los centros de cultura, a las conferencias, a toda clase de reuniones libertarias.

Así comprenderás, mujer, que no eres una esclava eterna, que dejarás de serlo cuando tu lo quieras, cuando

do escuches a tus hermanos que te tienden carísimos y francos amigos, para ayudarte a salir de las profundidades en que te hallas, y les prestes en la lucha tu concurso.

Pon atención, y dime ¿por qué has de ser, por ejemplo, la esclava del hombre que ama? ¿Por qué dice amarte? ¿Cómo puedes creer que un hombre que te ame, te esclavice y te humille a cada instante? Eso no es verdad: no puede amarte un hombre lleno de egoísmo y brutalidad. Tal hombre no te ha querido nunca sinceramente. Sólo vio en ti carne de placer, máquina de hijos y eterna sirvienta del hogar. Nota que desde el día en que fuiste «su mujer», jamás su compaña. Desde ese día te ha reducido en tu voluntad. En todo le debes obedecer, hasta en sus más repugnantes pretensiones; y sólo te ha dado en pago de tu sumisión, el más repugnante trato. ¿Y cómo es posible que ese mal hombre pueda tener dominio sobre ti, si el poco pan que te da tienes que comerlo bañado en lágrimas, si el misero vestido que te compra te cuesta humillaciones y toda clase de bofetadas? ¿No te repugna todo esto? ¿O crees acaso que es «tu destino» el que se complace en torturarte?

No creas nada de eso, hermana, y comprende de una vez que se aprovechan de tu temor y de tu ignorancia, para satisfacer sus más brutos caprichos.

Rebelate, pues, contra tu hombre. Dile que no debes, que no puedes amar a un verdugo; que ante todo, exiges el respeto que te mereces como ser humano; que no hay superioridad entre el hombre y la mujer; que ambos son netamente iguales en derechos y necesidades; que el que ama no puede ser un mortificador, y que no quieres, en fin, un marido lleno de autoridad y de egoísmo, sino un compañero bueno y generoso.

Déjate ya de besar más la mano que te hiere. Protesta, emancípate, hazte digna de la libertad y verás qué bello es vivir en el amor de un hombre que nos tiene por su igual y nos respeta, y no bajo la barbarie de ese dios ignorante, mandón y mentiroso que se cree el dueño de la mujer.

FLORINDA MONDINI.

Olavarría.

"Nuestra Tribuna"

«Nuestra Tribuna» desaparecerá periódicamente, o quizás para siempre. Y esto se debe a múltiples causas. Una de ellas es la más grave y tal vez la más peligrosa o acaso la menos anárquica.

Desde que ésta hoy salió a rodar, hemos podido observar que, desgraciadamente, los compañeros no han sabido ver la gran falta que hacía ella a las mujeres que vivimos en tinieblas, y que para nosotras no existe casi la lucha social, puesto que estamos referidas tan sólo a la esclavitud del hogar.

Pues si, nuestros compañeros se desentendían en su ayuda de nosotros y de nuestros hijos, no se acordaban que la misión del propagandista debe comenzar desde su propia casa.

Yo conozco a muchos anarquistas que ocupan las tribunas y hablan desde ellas, a los trabajadores, de la lucha social y de la emancipación humana; cualquiera que oyerá hablar a estos compañeros podría creer que sus actos están en concordancia con sus palabras, que sus hogares son un modelo de educación. Pero ¡ay! desgraciadamente, es todo lo contrario. Estos compañeros después de abandonar la tribuna, si nos detenemos a observar a dónde van, no será difícil saberlo: a una taberna, a una cancha de football, o a un café a «tirarle la oreja a la sota», o medirle con el tacho a una bola de billar... Si vamos a sus casas, nos encontraremos con la sorpresa de que son casados por lo civil y hasta por lo religioso, y sus hijos «están bautizados, oledos y confirmados, y no se acuestan sin rezar el bendito» y que la compaña en vez de ser una mujer emancipada, ya que tiene el maestro a su lado y ella tendrá que ser la maestra de sus hijos, es, por el contrario, una conventillera que no hace más que enredar a su compañero en cuentos de vecindad y hasta decirle con impertinente frecuencia: «¿Has visto lo que son tus compañeros? Si es mejor que te retires».

Y como los dos son iguales es fácil imaginarse lo que éste contesta a su compaña: «Si, hija, ya voy a tirar todo a la...» Ya estoy convencido de lo que son los compañeros. Sin preocuparse de averiguar cómo es, dónde se encuentra el mal que da origen a tantos desequilibrios y maldades.

De ahí es que veamos la necesidad de que «Nuestra Tribuna» no de-

saparezca, porque ella penetra hasta el último rincón de los hogares, y es leída por aquellas que tantas veces anhelaron el exquisito pan de la libertad.

¿Y acaso será por eso que muchos compañeros han hecho caso omiso de ésta, hoy, buscando como quien dice, eludir sus responsabilidades, aplicándole calificativos pueriles?

A pesar de los calificativos más o menos burgueses que para ella tienen, unidos a malas intenciones, hijas acaso del despecho o de una falsa amistad, «Nuestra Tribuna» no debe desaparecer. Y a este propósito, unido a las convicciones anarquistas que tengo, es que llamo a todas las mujeres, a todas las compañeras para que presten su ayuda a objeto de que nuestra querida hoyita vuelva de nuevo a la calle.

Una hermana de lucha, por la emancipación de los trabajadores y el comunismo anárquico,

NAZARIA ARREDONDO.

Salta, 1/5 1924.

Agrupación "La Simiente"

Esta agrupación de Los Quirquinchos, ha resuelto auspiciar una gira de propaganda por una punta de pueblos del norte y propone de «La Protesta», «La Antorchita» y «Ideas» se hagan cargo de listas en favor de ésta gira. Ya saben pues los compañeros a dónde hay que dirigirse para el objeto.

Critiquillas

Letra grande.—No sabemos por qué éste periódico, si tiene que ser mencionado en sus propias páginas, deba poner su nombre en letras grandes, como por ejemplo así: Ideas y en cambio los demás, dentro del mismo caso, sólo con el tipo común, como también por ejemplo, así: «La Protesta», «La Antorchita», etc.

Esto lo hemos observado siempre en todas las publicaciones, cada vez que se refieren a sí mismas.

Tal costumbre, de la cual ignoramos su origen, opinamos que no pega entre nosotros. Somos todos iguales; y entonces en estas páginas el nombre de «Ideas» debe aparecer del mismo tamaño que cuando nombramos «La Antorchita», «La Protesta», etc., o «somos todos de diversa categoría o jerarquía», y entonces «La Protesta» será en sus páginas «La Protesta y «La Antorchita» «La Antorchita», etc. etc. etc.

Nosotros, más pequeñitos, más humildes, gente de chambergo alicado y alparagata de soja, continuaremos llamándonos así: «Ideas», sencillamente, tipo común, como en todas las páginas, y entre comillas. Y si aún les parece a los lectores, demasiadas pretensiones, nos reduciremos más todavía, hasta quedarnos así: «Ideas».

Saludos.—Comprendemos los saludos cordiales, los saludos afectuosos, hasta el «salud y plata» con que se despiden algunos; pero nunca hemos podido comprender los «saludos anárquicos», como jamás le vimos la punta a los «saludos sindicales». Estas «macanas» deben haber sido inventadas por algún fenómeno, porque, vamos a ver: ¿nos sabría alguien decir cómo es un saludo anárquico o sindical?

Anarquistas de grupos.—Dice indignadísimo el diario de la colectividad: «Gonzalez Pacheco habla y piensa como componente de un grupo... Por eso hace del anarquismo una cuestión de grupos».

Y dice al final de su artículo-cañazo: «En la lucha sostenida por los anarquistas de la F. O. R. A. y La Protesta».

Lo que significa que también hace una cuestión de grupos. Está buena.

Dos mujeres

—«Perdón Juana! Perdona si después de ser una fiel amiga, después aquellos lazos, porque tus ideas, tus pensamientos, herían mi manera de ser... Hoy en brazos de la desesperación vengo a ti, porque después de todo, eres sincera y buena...»

—«Dime, Luisa, qué te trae. Déjame que recuerdas, para otras personas más amigas que yo de las cosas baladíes».

—«Es que yo quisiera contarte todo, desde que nos separamos, para que puedas perdonarme...»

—«No, no, dime tu objeto, pues siempre te he conceptualizado amiga y de nada tengo que disculparte».

—«Déjame Juana que te cuente».

—«Recuerdas aquella tarde que tu comen-
zastes por hablar de ciertas cosas que nos sorprendió a todas? ¿Que dijistes entre otras muchas, que

Agrupación «Nuestro Grito»

Solicita a todos los camaradas de la región argentina y de los demás países, que envíen folletos, periódicos, etc., el envío gratuito de cuanto material de esta naturaleza puedan disponer, a objeto de distribuirlo para la propaganda. Diríjase a Francisco Lautaro, Paradería «La Sin Rival», Tres Arroyos, F. C. S. Rep. Argentina.

la vida que llevan los seres humanos es fría como una tumba; que todos eran culpables de ello, porque la vida la hace el hombre, a su semejanza, lo mismo que ha hecho a Dios; que quisiera ver una humanidad transparente como un cristal y no como hoy que está ensombrecida por el engaño, por la hipocresía de las costumbres que nos enseñan a presentar-nos eternamente distintos de lo que somos; que si fuéramos a presentarnos tal cual somos, dejaríamos de ser una simple figura para convertirnos en seres dignos, que harían de la vida algo más noble, más agradable, más amplia, más ansiada, porque sería bella, muy bella, desde que viviríamos palpando la realidad, es decir, llegaríamos a convivir con la naturaleza, sabía inconsciente, pero sabía al fin, que nos brindaría muchos placeres».

Aquella tarde, después que te retiraste, se dijo que tu te apartabas de las buenas costumbres sociales y que predicabas con desvergüenza el libertinaje y que era conveniente dejarte a un lado porque de lo contrario nos corromperíamos como tú...

—«Deja esas cosas y cuéntame qué te pasa y en qué puedo ser útil...»

—«Bueno, mira. Tu sabes de mis amigos, de Pedro, nada vergüenza decirlo... pero me es imposible ocultarlo; después de todo, recuerdo tus palabras y por ello tengo fe en ti. Esas cosas no es posible que se las diga a ellas y yo siento la necesidad de contárselo a alguien... y ya que tu quieres almas transparentes, te lo diré».

—«Dímelo sin recato, pues quiero también vivir en tu mundo de acuerdo con la naturaleza y no me espeluznan las realidades porque aprendí a dejar a un lado la moral de los hombres ensombrecidos...»

—«Bueno, Pedro, supo cautivar mi alma y yo puse en ti confianza en él... Resulta... sabes... él me engañó...»

—«Te poseyó, querrás decir. El «engaño» es propio de nuestros días, creado por la imaginación nuestra y aquella «sabía inconsciente» te dió

momentos de placer... No te arrepientes entonces, porque sería negar los impulsos que os arrojó en brazos uno del otro.

—«Es cierto, pero yo seré madre, me lo dice la tranquilidad, la calma de mi ser. Además, ya van dos meses...»

—«¡Dos meses que gestas a un nuevo ser! ¡Dos meses que llevas en las entrañas el germen de nueva vida!»

—«Sí, mas yo pienso, ¿qué será de mí? Suponte las murmuraciones, los comentarios que harán en ruedas de amigas; mi familia, la vergüenza que tendrán que sobrellevar mis hermanas... Todo ello me tiene afligida. ¡Piensa un poquito y verás qué cruel es mi situación!»

—«No quiero decirte nada, no quiero decirte lo que haría en tu lugar, pues no sé yo, la que sufrirá en carne propia el peso de un gran gesto, lo que debe afrontar el choque de la «moral» presente, esa moral de los ensombrecidos, de los que no tienen el alma como un cristal. ¿Y tu, qué piensas al fin?»

—«En mí se produce el choque de dos ideas. Dos ideas, dos sentimientos batallan en mi alma como guerreros enfurecidos. De momento avanza uno, retrocede el otro, mas luego parece agigantarse en el peligro de la muerte, se equilibran las fuerzas, descansan, se acomodan nuevamente y ninguno triunfa. Y esta batalla se sucede minuto a minuto, desde hace dos meses, desde el día que comprendí lo que significaba aquella placidez de mi ser. Mas hoy, después de lo que me has dicho, después de pensar en tus palabras, uno de los guerreros parece imperar. Tomando proporciones de titán y en este momento, avanza, triunfa definitivamente, se impone de una vez, se posesiona de mi alma entre tanta la duda que me oprime. ¡Por mí!»

—«¿Quién triunfó al fin?»

—«La idea, el sentimiento de ser madre».

—«Ven, un abrazo Luisa. Ahora te quiero más que nunca. Eres de las fuertes, de las que tienen alma transparente como un cristal, de las que tienen un corazón grande y el valor de ser madre, de ser madre como lo manda la naturaleza, sin venias, sin requisitos, de ser madre a despecho de todas las mofas de los seres ensombrecidos que si rien es porque están llorando, si dicen amar es porque están odiando».

—«Ahora te diré que yo también quiero ser madre, quiero ser madre porque supe amar y no temo a los charlatanes. Que digan que mi hijo no tiene padre; en cambio, tendrá una madre que a la luz del día lo sabrá amanantar».

LA CUADRIGA—PAR.

Acción libertaria

Sonó la hora anarquista. La acción libertaria exenta de todo autoritarismo debe ser nuestra norma de conducta en el terreno de la lucha social. Las enseñanzas que nos ofrece el pasado son demasiado tristes a la luz que elocuentemente para que no hagan meditar sobre las funestas consecuencias de determinados métodos de lucha incompatibles con nuestro ideal libertario. Las corrientes meramente instintivas de mejoramiento económico que circulan por las arterias del organismo social productor, no significan ningún aporte de energías viriles para nuestra causa, sino se hallan transformadas por la moral anárquica; no son más que ansias de mejoramiento en estado de animalidad primitiva, sin ética superior que las encauce, dispuestas a encaminarse por diversos senderos hacia una nueva explotación y tiranía o hacia la esclavitud voluntaria.

Y sino, observemos los hechos: ¿Qué resultados prácticos de afirmación libertaria nos ha dado el sindicalismo? Ninguno. Métodos autoritarios no pueden crear ambiente libertario.

El sindicalismo se ha fijado en las multitudes no para transformar o modificar su psicología formada por la moral ambiente y la herencia legada por pretéritas generaciones, sino para explotar el filón de las mejoras económicas. El cebo del mayor salario tiene la virtud de agrupar a los hombres, pero siempre más atentos al egoísmo instintivo y ruin que al bergan en sus pechos, que a concepciones idealistas libertarias. Por eso nos explicamos el entusiasmo que precede a una declaración de huelga en las asambleas; se trata de presentar un pliego de condiciones al burgués, solicitando aumento de salario, y las asambleas unánimemente lo aprueban y en previsión de que sean re-

chazadas las condiciones a presentar-se, hace derroche de revolucionarismo, alarde de espíritu de sacrificio, en fin, ostentación de todo aquello que no pueden poseer los que se mueven sólo a impulsos de la corriente estomacal; es por esto generalmente que a los pocos días de huelga, vemos apagarse el ígneo entusiasmo provocado por la perspectiva de mayor salario, por el chorro de agua del temor de perder el trabajo.

Y sin embargo, muchos han creído ver en estos conglomerados humanos denominados sindicatos, en estas fuerzas numéricas carentes de valores positivos, la conciencia libertaria, el alma anarquista; y tampoco nos extrañamos de ello. Embebidos de sindicalismo, absorbidos por sus prácticas oficinescas, no se dieron cuenta que si sus decretos de declaratorias de huelga por mejoras económicas, encontraban acatamiento en el rebano que aspiraba a un mayor pesebre, ello no era indicio de revolucionarismo, ni demostración de la existencia de ideales dinámicos de emancipación integral, sino la manifestación de las corrientes instintivas y egoístas de que hablaba al principio; por eso es que no nos haya extrañado mayormente, que los millares de carnes rojas que sustentaban los obreros, al transcurso del tiempo hayan cambiado de color asemejándose hoy a la bandera argentina, y que la finalidad «comunista anárquica» invocada por muchos obreros en otros, sea suplantada por la de «Patria y Orden» en la actualidad; pues hay que tener en cuenta que el mezuquino y ruin filón del mejoramiento económico, también puede ser explotado por la Liga Patriótica, como lo estamos viendo en la actualidad.

Este panorama sombrío que observamos en las luchas sociales, depende, a mi juicio, de los malos métodos empleados. Se ha querido ver en el anarquismo una filosofía más bien teórica que práctica, admirable doctrina futurista sin contextura orgánica presente, y debido a esto se ha repetido hasta la saciedad que el sindicalismo es un medio que debemos de utilizar los anarquistas para la consecución de nuestros fines libertarios. Pero los que tal afirman olvidan, sin duda, que el sindicalismo tiene sus medios propios, que son sus prácticas diarias. No comprenden que las ideas anarquistas colocadas en el plano de la teoría pura, sin valorizarse con los actos diarios de nuestra vida, pierden su dinamismo, dado que los reglamentos sindicales, sus órdenes y contraórdenes, las sanciones mayoritarias y demás prácticas que en resumen constituyen lo que se llama el sindicalismo, son los factores determinantes de la psicología obrera. Es por esto que frente a estos medios de lucha inherentes al sindicalismo, debemos colocar nuestros medios de lucha anarquista, única manera de crear conciencia libre, formar seres aptos para vivir la libertad. El medio es el que debemos utilizar los anarquistas para propagar y afianzar la libertad. Nosotros debemos introducirnos en todas partes, con tal objeto, siempre con el exclusivo afán de hacer obra anarquista; somos de una sola pieza, porque consideramos que ga-

namos más con sacar un hombre libre de un sindicato, aunque para ello tengamos que romper con todos los códigos sindicales, que contribuir con nuestro mutismo al afianzamiento de medios autoritarios de lucha que forzosamente tienen que dar resultados perniciosos.

Nuestra consigna debió de ser: acción libertaria en todos los órdenes de la vida. Pongamos en práctica nuestros medios libertarios de lucha, consistentes en la agitación constante y fecunda y lucha social espontánea, porque estos medios son los únicos que pueden transformar las mentalidades, crear valores positivos, en una palabra, afirmar la libertad. Explotemos, no la veta materialista, insintiva, de los hombres, sino el rico e inagotable filón de la libertad, transformada en ética reguladora de los actos sociales. El anarquismo tiene su contextura revolucionaria consistente en sus medios libertarios de lucha; no subordinemos tales medios a los métodos sindicalistas; al contrario, coloquémonos frente a frente. Fuera prácticas autoritarias; fuera cartas orgánicas; fuera sanciones mayoritarias, fuera concepciones clasistas! Y en lugar de todo esto, acción libertaria en todos los momentos y lugares; lucha social libertaria; propaganda libertaria; en una palabra, afirmación práctica de la anarquía.

FRANCISCO MARTINEZ.

Corral de Bustos.

Sociedad Obreros Ladrilleros Buenos Aires

Compañeros: Cuando vuestros hermanos de dolor y explotación están en lucha por la conquista de un pedazo más de pan y de libertad, no debéis traicionarlos, pues que esas conquistas las disputaremos los tres. Cuando los Agentes de La Fraternidad, la Liga Patriótica, el Departamento de Trabajo y demás enemigos de los trabajadores os manden a laborar a los hornos de esta capital y pueblos circunvecinos, no vayáis, porque estamos en huelga. Y si queréis trabajar en los hornos que están en condiciones, pasad primero por nuestra secretaría: Bartolomé Mitre 3270, para que os proporcionemos esas condiciones.

Ayudarnos y os ayudaremos, compañeros trabajadores.

El Comité de Huelga.

Diálogo subversivo

—Oye: voy a hablarte de unas reflexiones mías al respecto de todo esto que nos rodea: tu, piensa conmigo, en las bellezas, las grandezas, y el valor enorme que como mejor tributo al trabajo representan todos esos campos cubiertos ya de ricas mieses; de esto que mañana será el pan blanco para nuestro sustento.

—Que bien me hablas! En verdad, grande es su valor... Pero dime, ¿quienes disfrutaban estas riquezas naturales?

—Pues... el pueblo.

—No, el pueblo no; solo una ínfima parte de la sociedad es la que disfruta de este sacrificio del hombre; el resto, los que trabajan, los que se encorban sobre los surcos fecundos de nuestra madre tierra, abriendo sus entrañas, los que recogen esas mieses doradas que tu dices, son los más, a los cuales apenas si llega el necesario pan negro y amargo para su sustento; esos son los parias, los oprimidos por la fuerza violenta del organismo que constituye el Estado. Ya vez: privados están de realizar sus ambiciones. Y sin embargo, trabajan, crean, embellecen la vida y la engrandecen para que gocen de ella los menos. ¿Comprendes ahora por qué se indignan y se rebelan contra lo establecido?

—Negarás el estado científico y progresivo de nuestros días dada la labor educativa realizada por nuestros gobiernos democráticos?

—Hablas como un alumno de primer año. Mira: mientras no exista la igualdad económica, política y social, no habrá enseñanza, y la justicia, la libertad y el derecho del humano ser brillará por su ausencia. Jamás hicieron los gobernantes concesiones de ninguna clase a los pueblos, sin que antes estos las conquistaran con su lucha; no existe ni ha existido ni existirá tal espíritu científico en los gobernantes. Pero sí existió y existirá eternamente en los pueblos un afán libertario y progresivo, el cual está y estará rebullido en la acción democrática de cualquier gobierno. La ciencia, el arte, el progreso y todo lo que ha desbustializa-

do al hombre, fueron hijos de los pueblos, de los desconocidos anónimos que se sacrificaron por la libertad, es decir, por el bien de la humanidad; pero jamás estuvieron de parte de los gobiernos.

—No crees que un gobierno científico pudiera enmendar este desequilibrio social? Por ejemplo, un gobierno socialista o, influenciado por las doctrinas de un Henry George. Este ha enseñado principios hermosos en sus escritos sobre ciencias económicas.

—La autoridad no puede ser amiga de la libertad y de la ciencia; por lo tanto no creo en los imposibles gobiernos social-científicos; la ciencia, amigable siempre de la investigación, que todo lo renueva y lo echa a andar, no estará, no puede estar jamás de acuerdo con un régimen establecido; cada día que pasa, los pueblos progresan hacia la libertad, por lo tanto se crean otras necesidades, y la ciencia se transforma. Respecto a las doctrinas de George pienso que con solo abolir la propiedad de la tierra, dejando en pie la de las máquinas, el comercio y el dinero, factor de todos los crímenes, no se subsanará el mal. Y si estoy de acuerdo con las teorías de Proudhon, que destruyen la propiedad en sí. Creo que debemos desconocer la autoridad, el derecho y el saber de años, y reconocer el derecho y la capacidad de todos, a todo y para todo.

—Entonces tú eres enemigo de todo régimen de gobierno?

—Sí, porque todos los gobiernos son enemigos de la libertad, y la libertad, amigo, es la vida.

FRANCISCO LATTELARO.

Coronel Dorrego.

1923

I

«Un año que se fué» en el eterno correr del tiempo. Un año... ¿Y qué es un año? Nada; en el transcurso de los tiempos, nada. De los años que se van sucediendo, sólo perduran en la mente del hombre, algunas horas, algunas fechas.

Para nosotros hay dos fechas en el año que finaliza; una, de intenso dolor: Wilkens; otra, de compensación: Silveira. Es que la vida sin el dolor, no es la vida. El hombre es, por que es sensible al dolor. Por él se lucha. Por él nosotros sentimos anhelos de libertad. Por él se gestan las grandes rebeliones de la historia. Por él se desarrolla el cerebro, y marcha hacia el superorganismo. Por él los hombres, aun no hombres, llegan a serlo. Por él somos desobedientes, nos rebelamos. Todo lo grande, lo sublime, creado por el hombre, tiende a la supresión del dolor. Primero se siente éste, después se lucha por su supresión. Sin esta sensibilidad, desarrollada a través de los siglos, aun seríamos los hombres cavernarios.

Dichosos los hombres que sienten el dolor. De ellos será el reinado de la libertad.

II

Una inmensa caravana dolorida circula con el «mono» a cuestas por las llanuras argentinas, al finalizar el año. Son los parias, son los desalojados del banquete de la vida, por la sociedad burguesa.

Un hombre recostado a la sombra de una cantarrilla de la vida férrea, piensa. Y mientras piensa, cruza ante él la misérrima legión. Los ve pasar. Unos a pie y otros, los más, en trenes de carga. En las pupilas de nuestro hombre brilla el dolor. Y por su imaginación cruzan deseos, impulsos de venganza.

La impotencia lo amarga. Busca la forma de solucionar esta espantosa tragedia social que desfila ante sus ojos. La mayoría de los que ve pasar parecen alegres. Son los insensibles al dolor. Y en el fondo de su alma, aparece de pronto la solución a este drama, que al fin, al fin, al fin adquiere contornos más sangrientos. Y se acuerda en aquel instante de aquel soberbio agitador anarquista, que en otrora odiara. Y la sociedad anarquista aparece radiante ante él.

III

Las doce. El sol estival es aplastante; tunde los cuerpos. La alcantarilla en aquellos parajes arenosos es un lugar privilegiado. Una brisa amorosa como beso de hembra enamorada, refresca el cutis tostado de nuestro héroe. Y se duerme.

IV

Son las 15 horas. Nuestro hombre se incorpora después de tres de placentero sueño. Encuentra a su

lado a otro de los suyos, que aun sin haberse visto, le saluda. La voz de «compañero», suena en aquel instante anunciadora de una época de fraternidad universal. El dolor une a estos dos seres.

Pasa veloz un lujoso automóvil que arrastra tras sí una densa nube de polvo, y una estruendosa carcacha, que como un insulto rasga el ambiente, sale del auto. Viajan en él unos pequeños y una elegante burguesa: los convidados al banquete de la vida. Y el hogar miserable, con los tiernos hijos abandonados, a una inmensa distancia, apareció en la mente de ambos.

Guardan silencio... Y dos gruesas lágrimas redentoras ruedan a poco por sus mejillas...

V

Hay que luchar, compañero. Luchar, luchar para conquistar la vida... dice uno de ellos, mientras prepara su ropa. Y el otro responde: A luchar, pues. A hacer comprender a los demás hombres nuestro dolor. A sembrar la semilla redentora en el cerebro de los humanos.

Y dicho esto, ambos se alejan en direcciones opuestas, después de estrecharse las manos con efusión.

VI

La una de la mañana. Dos inmensas llamaradas se divisan en lontananza... Es el dolor de aquellos seres que ha hecho explosión y que anuncia, en medio de las tinieblas de la noche, el sol radiante de la redención libertaria.

Tom X.

Arteaga, a los 365 días de 1923.

Sobre el sindicalismo

Anotaciones contra el obrerismo anarquista

No es bueno pontificar, porque la actitud de un pontífice por más que sea la revista de seriedad y se engañe, siempre resulta ridícula. Por eso vamos a procurar hablar lo menos posible, en tono sentencioso, por más que el tema se preste a ello; porque tenemos que tratar acerca de los perjuicios que ocasiona a la propiamente anarquismo, la intervención de este en el movimiento obrero. Más exactamente, la desnaturalización del anarquismo por su intervención—o absorción—en el sindicalismo.

Ciertamente que al tratar esta cuestión habrá quien nos salga al paso diciendo que el tono más o menos desabrido, que hablamos sobre el sindicalismo cuando se halla en plena derrota; que venimos a descubrir sus vicios cuando no representa ninguna fuerza, debido a factores que son ajenos a la organización misma. Pero, nos dicen, nosotros contra el posible adversario, diciendo que si hablamos hoy es, sin duda, porque no nos hemos apercibido antes, o bien porque habiéndonos apercibido de tiempo atrás, nos ha parecido más oportuno hablar en estos momentos de la fantasmagoría de las huestes proletarias se ha venido abajo, ocasionando la consiguiente decepción de los que confiaban en su «fuerza incontestable». El ánimo de estos buenos compañeros se ha de encontrar, seguramente, en mejor disposición hoy que ayer, para comprender la verdad de las famosas energías revolucionarias y las hondas convicciones libertarias, (sobre todo esto último), del proletariado, más claramente los trabajadores, puesto que nos interesa hacer notar que no todos los trabajadores son proletarios, ni todos los proletarios trabajadores. Esto tiene su importancia.

Y para no irnos en el preámbulo, según hacen ciertos escritores de indiscutible enjundia, entraremos sin más rodeos al centro de la cuestión.

Al centro, esa es la palabra. El centro de la doctrina anarquista lo constituye la idea de la libertad; más que una idea, es una aspiración: queremos conquistar la libertad. Para que haya la posibilidad de vivir la libertad en un porvenir cercano o lejano, los anarquistas trabajan para que una revolución se haga general, convencidos de que se necesitan elementos con aptitudes, capaces de vivirla, así como son necesarios para la perpetuación de la especie la existencia de los órganos sexuales. Los degenerados no pueden procrear, la humanidad degenerada por el autoritarismo, no puede vivir la libertad. En este caso la cuestión es moral; el autoritario no concibe una sociedad sin el respeto a la ley y, por consi-

guiente, sin el dominio de la fuerza. El anarquismo tiene que luchar por destruir esta fuerza moral que ha echado hondas raíces en el hombre. Aquí presentamos el aspecto que, a nuestro juicio, es el más importante. Frente a él se empujeface notablemente, la importancia que puede representar para nosotros, la posesión de una fuerza que en el conglomerado social nos represente con la personalidad del número, que es el papel que ha estado desempeñando el sindicalismo.

El sindicalismo ha representado el nombre, no el espíritu anarquista. No podía, no puede ser de otra manera. La organización obrera es por esencia autoritaria: impone al asociado la concurrencia al sindicato; impone al asociado los acuerdos de asamblea; impone al asociado el respeto a la ideología que ostenta el sindicato; impone al obrero, aunque no pertenezca al gremio, el respeto a sus condiciones de trabajo; impone siempre, la imposición por todas partes! No queremos que se vea en esto un alegato en contra de los derechos del obrero a las reclamaciones. ¡Lejos de nosotros tal ideal! Solo queremos hacer notar que el sindicato obrero tiene que obrar siempre por imposición, autoritariamente. Por otra parte, las prácticas sindicales están siempre impregnadas de autoridad; los que actúan o han actuado en el movimiento obrero, pueden haber comprobado la enorme y diversa cantidad de caudillos que se mantienen en el seno de cada organización. Las políticas de camarilla, llenas de villanías y asquerosas humillaciones, no necesitamos mencionárselas; son bien conocidas.

La jerarquía es un hecho innegable en el sindicato; subsiste el respeto a los gobernantes, pequeños, pero gobernantes al fin. Y todas estas cosas van creando, o manteniendo, para ser más explícitos, una mentalidad autoritaria, una moral autoritaria.

Otro aspecto del mismo tema. El obrero viene al sindicato con el mismo pensamiento con que un burgués va a su negocio: a obtener ganancias. La ganancia del obrero es menor que la del burgués, convenimos en ello; pero nótese que no concurre impulsado por santos sentimientos de rebeldía (1), sino para conseguir cómo hacer más llevadera su existencia. Hay muchos que se dedican al ahorro construyendo su casa o bien instalando pequeños establecimientos comerciales, sin que eso les impida recibir los beneficios del sindicato;

(1) Seguramente que hay excepciones, aunque son contadas. Esta minoría está constituida por los anarquistas en su mayor parte y por algunos sinceros obreros que han comprendido y sentido la injusticia.

